

ser humano, y en lo sucesivo se abstenga de prohibir ninguna pieza teatral. Clasifíquelas para niños, o para adolescentes o para adultos con o sin barba, pero no prohíba. Es muy feo y muy anacrónico.

Reciba usted un cordial saludo de su ex colega.

Luis Reyes de la Maza

21 de diciembre de 1969

CRÓNICA TRISTE

Presumo de tener sentido del humor y mis crónicas hacen reír a veces a los lectores, mientras no hable de ellos, porque entonces lo que había sido risa en crónicas anteriores, se vuelve odio hacia mi humilde persona. Hoy no puedo hacer una crónica que haga siquiera sonreír a los amables lectores, porque estoy profundamente triste desde el sábado por la noche en que presencié el fracaso de dos buenos y queridos amigos míos: Hugo Argüelles y Miguel Sabido. Asistí al Teatro Xola lleno de optimismo y creyendo a pie juntillas que iba a gozar de una espléndida obra mexicana y de una dirección escénica llena de hallazgos, porque se habían reunido un buen autor y un buen director, ambos jóvenes y ambos con un talento demostrado en muchas ocasiones anteriores. A medida que la obra se representaba, yo me iba hundiendo en mi butaca y al terminar no quería salir de aquel sitio incómodo en que como avestruz me sentía a salvo de preguntas y de escuchar los sarcásticos comentarios de las personas que no sentían por Hugo y por Miguel la amistad y el cariño que yo siento. Han pasado algunos días y aún no logro comprender qué fue lo que pasó, a qué se debió ese sonado fracaso, qué fue lo que provocó la carcajada en lo que se supone es un drama, por qué Hugo y Miguel se unieron para equivocarse y hacer más grande aún el fracaso. ¿Puede ser un exceso de confianza en ellos mismos? En Argüelles podría creerlo; en Sabido no. El autor de *Los cuervos están de luto* y de *La ronda de*

la *hechizada*, magníficas comedias, está envanecido por sus recientes y clamorosos triunfos alcanzados como adaptador cinematográfico, y se equivocó al creer que la mentalidad de la gente de teatro es la misma que la de cine, a la que es fácil hacer colmulgar con ruedas de molino, y elaboró esta pieza melodramática que más parece un viejo argumento de una ópera, llena de falsedades históricas, de símbolos pobres, de construcción dramática deficiente, de recursos de cine mudo, de diálogos rebuscados que quieren ser poéticos (¿qué se ha hecho del diálogo de *El tejedor de milagros*?), de efectos de drama de hace cien años (llegué a pensar que lo que veía no se llamaba *La dama de la luna roja*, sino *Doña Alda o la fuerza del sino* o bien *La trovadora*). Melodrama lleno de pretensiones fallidas, comedia involuntaria, drama del duque de Rivas, culebrón, etcétera. ¡Y todo esto salido de la pluma de Hugo Argüelles, a quien tanto admiro porque lo considero uno de los mejores dramaturgos mexicanos contemporáneos! ¡Ah, el cine, cuánto mal puede hacer en todos los aspectos!

A Miguel Sabido lo respeto y admiro desde que se inició como director en el convento de Tepetzotlán hasta aplaudirlo a rabiar y considerarlo el director joven más talentoso del momento al verle primero la *María Egipciaca* y luego *La Celestina* en Guanajuato. Talento demostrado en la búsqueda y, sobre todo, en el encuentro de soluciones dramáticas inmejorables; talento cien veces aplaudido como director y como escritor (hace unas semanas alabé su labor en la telenovela *La Constitución*); talento como maestro puesto que he estado presente en sus clases de actuación y su manejo de las zonas de resonancia y de proyección en los actores me parece un acierto. Y de pronto, enfrentarse a una dirección llena de lugares comunes, de oscuridad en cuanto a búsqueda y encuentro, de fallas elementales como el hacer traspasar las paredes a los personajes, de aceptar un vestuario casi tan anacrónico como el de la obra de Margarita Urueta sobre Sor Juana, de permitir en la casa de los hermanos Ávila, los famosos y respetados conjurados de la Colonia, unos sillones dorados... ¡con un escudo episcopal labrado en el respaldo!, un busto ejecutado sobre algún enfermo de Huipulco, un medallón con una enorme y roja cruz de obispo sobre el pecho de don Alonso de Ávila, unas

mallas negras, transparentes, como de *cocotte* del siglo pasado, en un feroz español del siglo XVI, y trajes masculinos que más parecían de bufones de la corte de Enrique VIII y no de novohispanos en plena austeridad de Felipe II (sólo Andremar aparece bien vestido al final de la obra, pues es el único que lleva la famosa golilla y viste con propiedad de su época, excepto la ya anotada cruz como medallón de niño de la zona rosa). La escena de Alda (¿se llamaba así la protagonista?; no puedo recordarlo y los programas fueron decomisados por la empresa al notar que la señora Elsa Aguirre, además de no ser actriz, tiene una pésima ortografía, pues en una nota manuscrita por ella decía: “El teatro me a dado . . .”), la escena de la protagonista, decía, cuando está bajo una enorme cruz, me hizo creer que estaba en algún cine-club viendo una película de Pina Menichelli o de Francesca Bertini, por la actitud de ella, por los movimientos, por la llegada del amante . . . Es cierto que la obra pedía a gritos que así fuese dirigida, pero si Miguel Sabido aceptó encargarse de ella, lo menos que pudo haber hecho es tratar de salvarla a base de aciertos en la dirección y no ponerse en el mismo tono que el autor. Si hubo presiones por parte de la empresa y hasta del mismo escritor para que el director no pudiese dar rienda suelta a su imaginación, entonces debió Sabido abandonar la obra a tiempo. ¿Qué pasó entonces? Simplemente una equivocación de dos personas con talento. Todos tenemos derecho y hasta obligación de equivocarnos, para darnos cuenta y tratar de superarnos en la próxima ocasión. Creo en Hugo Argüelles como dramaturgo y en Miguel Sabido como director. Tratemos de olvidar esta *Dama de la luna roja* y hagamos de cuenta que Hugo no ha vuelto a estrenar otra comedia desde la *Ronda de la hechizada*, y que Miguel prepara otra dirección como la de *María Egipciaca* o como *La Celestina*. Puedo garantizar, si alguien me da crédito como conocedor en asuntos teatrales, que ambos amigos míos volverán a demostrar su inteligencia y que este fracaso les hará mucho bien, al autor para desvanecerlo, y al director para que mida sus pasos y no se precipite al aceptar imposiciones que sólo lo llevarán a la angustia. De cualquier modo, a pesar de que pienso que este hundimiento será pasajero, estoy profundamente triste. Tanto Hugo como Miguel lo saben, como saben también que esa amis-

tad que les profeso me obligó a escribir esta crónica y no a ignorar ese estreno como si no hubiese asistido.

15 de marzo de 1970

VEINTE AÑOS DESPUÉS

Cuando los viejos se reúnen a recordar los pasados y buenos tiempos de su juventud, siempre acaban suspirando y repitiendo una frase que es ya lugar común entre ellos: “¡No es lo mismo *Los tres mosqueteros* que *Veinte años después!*” Y para esta crónica teatral me viene de perillas esta dumesca alusión, pues bien se puede decir que no es lo mismo 1952 que 1970, que no es lo mismo el Palacio de Bellas Artes que el Teatro Ofelia, que no es lo mismo una fastuosa producción oficial que una pobretona realizada con centavos, que no es lo mismo la escuela de Seki Sano que la de Jodorowski, que no es lo mismo Anouilh que Albee, y por fin, que no es lo mismo María Douglas en la Medea de Bellas Artes en 1952, que la María Douglas de la Medea del Teatro Ofelia en 1970. O sea que no es lo mismo Medea que *veinte años después*.

Es triste ver en la vida real lo que se vio en una película y se pensó que era sólo imaginación de un argumentista. Baby Jean no es sólo fantasía: existe su fantasma rondando junto a las actrices que se niegan a envejecer. Yo vi a doña Esperanza Iris cubrirse de ridículo al intentar cantar una opereta pocos años antes de su muerte, y he visto a María Conesa burlarse de su ancianidad pero en un afán subconsciente de ser joven, y también vi a Carmen Delgado interpretar la Frou-Frou de Tabarin a los 70 años, y a María Teresa Montoya en *Ana Christie* o en *Retazo*, y por fin a María Douglas en *Medea*. Sólo doña Prudencia Grifell supo interpretar papeles según avanzaba en edad, y en el caso contrario a todo lo mencionado, doña Sara García, quien muy joven se sacó todos los dientes para interpretar ancianitas. Pero son más tristes los casos anteriores, sumamente tristes,